

UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN VIII • NUMERO 7
MEXICO, MARZO DE 1954

EJEMPLAR: \$1.00

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M.

MIEMBRO DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

FUENTES IDEOLOGICAS DEL LIBERALISMO MEXICANO

Por Rafael MORENO

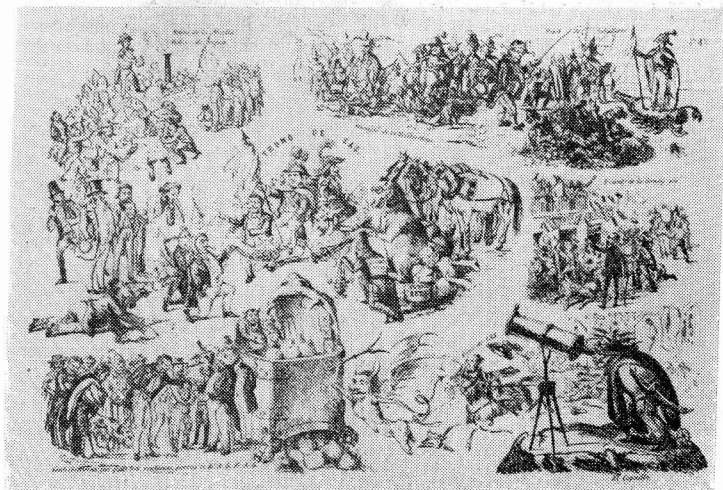


CON motivo de la reciente conmemoración del Plan de Ayutla, cabe reflexionar sobre el significado que en nuestra historia tienen las premisas y las afirmaciones fundamentales que desembocan en las leyes de Reforma.

A partir del primer cuarto del siglo XIX, fué común creer que debemos exclusivamente a la revolución de independencia y a los teóricos del liberalismo el sentido de igualdad y libertad humanas, siempre actual a lo largo de nuestra historia postindependiente. Tal convicción trajo por consecuencia que todos concibieran al liberalismo como un movimiento atrasado en comparación de los adelantos logrados en Europa, y que se pusieran las bases para afirmar que la historia nacional ha sido una reiterada imitación, la mayoría de las veces ingenua y casual, de modelos extraños a la vida y a la cultura



... para ser libre con libertad interior ...

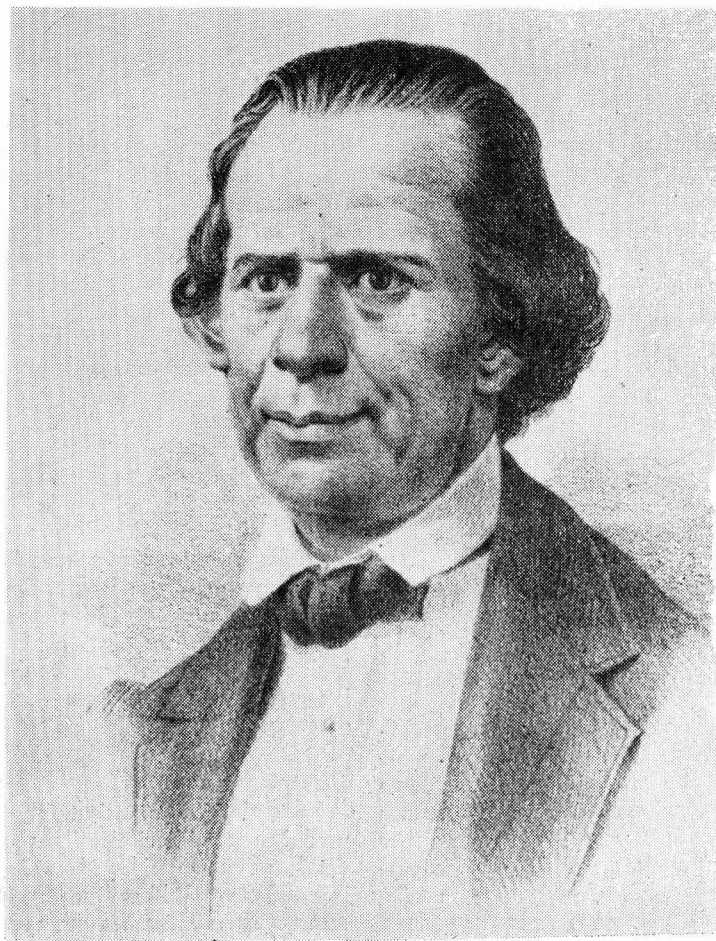


Caricaturas de la época de la Reforma.



propia. Con todo y lo grave que esto pudiera parecer, resulta preciso afirmar que los mismos liberales contribuyeron a la formación de semejante imagen con sus insistencias sobre la necesidad de lograr la ciudadanía para los mexicanos. Según Mora, el más grande expositor de los fundamentos teóricos de la Reforma, México aún no había conquistado la libertad civil y la independencia personal que corresponde a todo hombre. En otras palabras, todavía no éramos un pueblo moderno sino colonial.

Y en efecto, para el pensador liberal los libertadores sólo con-



Melchor Ocampo.

cedieron la libertad política porque fué la única que deliberadamente quisieron conseguir con la independencia. Liberación, pues, de la metrópoli, del tirano español, pero no libertad interior, libertad de razón, libertad de conciencia, emancipación mental como dijera Barreda. Leopoldo Zea ha señalado cómo en esta época los ánimos y el alma mexicana sentían la condenación de haber recibido en herencia un pasado que al mismo tiempo que hacía imposible una verdadera independencia los llenaba de ignorancia. Mora y Melchor Ocampo insisten en mostrar la continuidad del poder del clero, y aún el aumento de sus aspiraciones. La iglesia no sólo seguía orientando la educación y proporcionando el criterio conforme al cual se debía pensar, sino que tenía en sus manos la autoridad moral que el estado necesitaba para implantar el orden de la civilidad. Para las clases populares no existía educación. Y en la intimidad de la inteligencia de todos los habitantes reinaba el error, la superstición, la ignorancia y las tinieblas. Mora escribe, en más de una ocasión, que los males nacionales tienen su asiento en la escolástica y la metafísica de la tradición. ¿Podía acaso el intelectual del siglo XIX aceptar como suyo este legado de sus antepasados? ¿O se contentaría con hacerlo a un lado e implantar otra educación que estuviese de acuerdo con la verdadera ciencia? El liberalismo mexicano ni aceptó la herencia ni reconoció sus progenitores en los intelectuales trasnochados de la colonia. Negó su propia historia en el sentido de no darle la vida en el mundo nuevo que estaba estructurando. Para ser libre con libertad interior, quitó toda justificación de existencia a su propio pasado. Un pasado que estaba presente en todas partes, pero que no tenía en sí mismo ninguna razón para existir. Por esto el teórico del liberalismo mexicano fué radicalmente libre.

* * *

Si bien la constante pasión política de esos tiempos, y el hecho de haberse conseguido la independencia cuando se concedía mayores libertades a las colonias, parecen explicar la posición fundamental del liberalismo, no es menos cierto que los liberales reaccionaron sin sentido de la historia ante el movimiento iniciado en el curato de Dolores, procediendo como si sus nuevas actitudes hubieran apenas surgido por el simple contacto benéfico de Europa y Estados Unidos. Nosotros, con otro tiempo y con otra pasión, entendemos mejor el proceso histórico y por eso podemos ver cómo las premisas liberales estaban ya desarrolladas en los ilustrados me-

xicanos de la segunda mitad del siglo XVIII, el siglo de las luces. Fueron los escritores ilustrados quienes, por primera vez entre nosotros y de una manera consciente y expresa, llevaron a tema central del pensamiento la tesis de la decadencia humana de la colonia y el análisis de sus causas y remedios. En parte los escritos de Alegre y Clavijero, en su totalidad los de Bartolache, Gamarra, Alzate e Hidalgo, muestran, con repeticiones que llevan al cansancio, las luces de los tiempos modernos, la existencia de innumerables hombres de buen gusto, el progreso del saber en todos los campos de la ciencia, en contraste con la obscuridad y la ignorancia de la realidad tradicional. ¿No acaso Alzate enseña desde sus publicaciones periódicas que la noche medieval se prolongó en la Nueva España hasta el advenimiento del buen gusto por los autores modernos? Si los ilustrados no pudieron afirmar como los liberales que la raíz de todas las desgracias patrias estaba en la educación religiosa, afirmaron en cambio que la escolástica y su metafísica eran la causa de la decadencia, y que la salvación dependía del cultivo de la razón y de la ciencia del siglo de las luces. Ellos, antes que los liberales, fueron libres con libertad interior, porque fueron los primeros en negar su pasado escolástico y en conquistar la libertad de pensamiento ante el escándalo de sus encarnizados enemigos, los tradicionalistas.

Tanto para los ilustrados como para los liberales la decadencia o el error no son en manera alguna atributos de la inteligencia mexicana y ni siquiera han logrado incapacitar al americano para alcanzar su grandeza al lado de las naciones cultas. Las tinieblas son pasajeras y accidentales. Y, aunque algunas veces, sobre todo cuando decae el optimismo liberal, que el pasado está en la raíz de las cosas y de la nación misma, concuerdan en decir que está en las personas, en la inteligencia de todos los que voluntariamente permanecen en el error. Nadie mejor que los ilustrados pintó la ceguera pertinaz de los trasnochados tradicionalistas. Nadie como ellos satirizó el profundo letargo en que se hallaban sumergidos por propia voluntad. Igualmente unos y otros estuvieron convencidos de que los amantes del pasado no querían ver la luz de la verdad porque la ignorancia era el fundamento de su existencia.

* * *

La semejanza de situaciones produjo entre liberales e ilustrados la afinidad de las ideas. La ilustración y el liberalismo mexicanos están alentados por una

idea común de la historia, según la cual la nación y el mundo son el campo de una lucha entre la ignorancia y el saber, entre las luces y las tinieblas, entre la verdad y la razón. Según ellos la razón acabará por imponerse en forma definitiva. Si a esta idea sobre la perfectibilidad humana, añadimos otra idea, también común a unos y otros, sobre la correlación entre el saber y la vida, entre la teoría y la práctica, habremos comprendido por qué no dudaron del triunfo definitivo contra el pasado inmediato de errores, superstición y fanatismo. Para los ilustrados era inminente la llegada de una época de "grandeza". Para los liberales era incuestionable la victoria del "progreso". Con todo, los pensadores liberales, menos racionalistas y aleccionados por la triste experiencia mexicana, en algunas ocasiones vinieron a menos en su optimismo. Quizá por esto alcanzaron a ver que la independencia era todavía un fin por alcanzar, pues, como escribe Mora, mientras existiesen dos grupos con convicciones antagónicas peligraría la libertad interior no menos que la unidad de la nación. Pero los ilustrados fueron los primeros que escindieron la comunidad religiosa que nos legara España. Por una parte, los hombres de buen gusto en cuyas manos, según ellos mismos confesaban, estaba el porvenir de la patria y la cultura. Por otra, los anticuados que ya no cuentan con razón para existir. Cuando Hidalgo lanzó la proclama libertaria en Dolores no hacía otra cosa que llevar a su última consecuencia la negación del pasado; cuando el realista y el conservador se oponen a la libertad, están defendiendo tres siglos de historia, de tradición y de vida, que no aceptaban los constructores de un mundo nuevo, el México de los tiempos modernos.

* * *

El mundo nuevo que ilustrados y liberales pensaban edificar sobre el pasado colonial implicó un nuevo tipo de saber, una nueva educación y un nuevo hombre. Tal es la finalidad, bastante ostensible por cierto, de la ilustración y el liberalismo mexicano. Unos y otros sabían que el mundo tradicional al que trataban de socavar había sido estructurado bajo una concepción específicamente religiosa de la vida. Unos y otros, por caminos en apariencia diversos, ponen los cimientos de una vida y un mundo desligados de la más insignificante influencia de la fe y la religión, o al menos aislados de toda trascendencia. De esta manera el concepto racionalista y naturalista del hombre que empieza a implantarse con el ilustrado, es ya una bandera consciente en el liberal. En la historia de México

no resulta solitaria la exigencia del Nigromante, según la cual el teólogo debía dejar el paso al economista, pues Mora, Ocampo, Zavala y Vallarta, pedían la implantación de una sociedad civil. Y los mismos escritos de los ilustrados, entre ellos el Mercurio Volante de Bartolache y las Gacetas de Alzate, recomiendan expresamente abandonar la teología dogmática por una "teología políticocaritativa". El siglo XVIII, en seguimiento del benedictino Feijóo, hace ver que la sociedad novohispánica no necesita de teólogos y carece en cambio de médicos, agricultores, mineros, artesanos, ciudadanos útiles a sí mismos y a la nación. El siglo XIX se atreve a decir que la grandeza patria depende de la ciencia, de la industria y del trabajo, pero nunca de la devoción.

Ilustración y liberalismo tienen esfuerzos parecidos por crear en México un hombre nuevo, el sujeto de la "grandeza" o del "progreso", que no es ni escolástico ni teólogo, sino un ciudadano preocupado por esta tierra, un civil que construya la ciudad del hombre en este mundo. Si Mora puede hablar de los intereses exclusivamente cívicos de los mexicanos, habrá que reconocer la simiente de civilidad puesta por el siglo de las luces. Antes que el liberalismo, los ilustrados pusieron las bases para proporcionar suficiencia al hombre en esta tierra y en este mundo mediante el dominio de la naturaleza circunstante por la ciencia. Recuérdese a este respecto que la comodidad material y la felicidad terrenal constituyen la meta de los filósofos mexicanos de la ilustración. De esta manera la ciencia viene a ser, cada vez con mayor fuerza, el único medio para encontrar el bienestar humano. En el siglo XVIII se encuentran por primera vez en México los dos criterios exclusivistas de considerar la vida: el religioso y el científico o racional. Pero, ¿qué está pasando cuando la minoría pensante que representa un pueblo ha dejado de creer en la otra vida y piensa que la ciencia es el elemento salvador y regenerador de las naciones, que la ciencia es omnipotente y que ella por sí sola tiene capacidad para lograr una grandeza y un progreso indefinidos?

Por si la comunidad de actitudes no bastase para establecer fundadamente un parentesco entre estos dos movimientos, podría ayudar la idea común que sobre ellos tienen los tradicionalistas del siglo XVIII y los conservadores del siglo XIX. Para ellos son amantes de la novedad, demoníacos, libertinos, impíos, pero sobre todo unos "extraviados de la razón". Es cierto que la escolástica es una teología filosófica de tipo racionalista, pero en ella la razón

(Pasa a la pág. 24)

(Viene de la pág. 2)

tiene por móvil a Dios. La razón en cambio de los ilustrados y liberales no cabe dentro del esquema cristiano, no tanto por el carácter eminentemente pragmático del conocimiento en oposición al formalista y metafísico de los antiguos, cuanto por estar concebida en términos seculares. Debe decirse, aunque sea de paso, que compete a la historia moderna de México haber nacido de un estrecho maridaje entre las ideas y la vida. Ilustrados y liberales, en efecto, no sólo piensan que la grandeza de la nación y la felicidad personal de los mexicanos dependen del grado de conocimiento o de saber; sino que estaban convencidos de la correlación real entre los principios del saber y la vida, de manera que el saber moderno necesariamente llevaba aparejada una vida moderna y viceversa. Con dificultad podremos encontrar en nuestra historia otra época de mayor confianza y entrega a la razón.

* * *

Siendo tal el ideario de los ilustrados y los liberales, resulta comprensible porqué la educación revestía tanta importancia para ellos, hasta el punto de aparecer como reformadores y educadores en el sentido generoso de los vocablos. El optimismo en el triunfo de la razón no impidió ver que serían nugatorios todos los esfuerzos en favor de la grandeza y el progreso, si la mentalidad tradicional no era borrada en sus mismas raíces. Bartolache, Alzate, Gamarrá, Hidalgo y Mora, se dan a la ímproba tarea de reeducar a sus connacionales desde las nociones más simples, iniciando así una revolución en la entraña misma de las conciencias tradicionales. Se trata de una revolución interior que tiene como fruto primero una liberación íntima de un pasado inmediato de errores o ignorancia. Tanto el ilustrado como el liberal estuvieron en aptitud de ser libres cuando hubieron contado con una inteligencia que entendía el mundo y la vida con lentes modernos. Y no sólo coinciden en adquirir o proporcionar por medio de la educación cierta autarquía humana, cierta suficiencia individual, para que cada uno rehaga por sí mismo su propio mundo, sino que también están concordes en abolir la violencia y en señalar la persuasión como instrumento de reforma. Según Mora la opinión debe formarse por "medios suaves" y "allanando el camino para que las reformas se verifiquen algún día... espontánea y fácilmente". "Los efectos de la persuasión son lentos, pero seguros". De esta manera los ilustrados de la colonia y los liberales postinden-

FUENTES IDEOLÓGICAS DEL LIBERALISMO MEXICANO

dientes constituyen trazos de uniformidad con el alma nacional, pues ya en la conquista se puede percibir la voluntad de substituir la violencia por la persuasión y el rigor por la bondad.

A estas alturas no puede parecer descabellado decir que la escuela laica propugnada por Mora y el liberalismo tiene su antecedente inmediato en la educación "inmanente" de los ilustrados. La preocupación por enseñar conocimientos útiles al individuo y a la patria, que forman el ideario del siglo XVIII, se encuentran desarrollados en la voluntad de Mora de formar hombres y ciudadanos. "Todo el empeño de los catedráticos, dice el teórico de los liberales, consiste en que los alumnos sean cristianos sin cuidarse primero de hacerlos hombres, con lo cual se consigue que no sean ni lo uno ni lo otro". El mismo inmanentismo de la educación ilustrada entendía ya virtualmente la idea liberal de que la educación eclesiástica oprimía los espíritus o hacía a los jóvenes candidatos para la iglesia, pero no hombres aptos para ser felices en este mundo. Históricamente es imposible el establecimiento de la educación laica. Aún más, también en la segunda mitad del siglo XVIII está el articulado mexicano de la fundamentación "mundana", "secular", de la moralidad y de la sociedad predicada por el liberalismo. ¿No acaso resulta familiar al pensamiento dieciochesco una moral cuyos principios eran meramente racionales? Como es sabido, Mora enseña no sólo que los deberes sociales y la misma sociedad adquieren fuerza por la utilidad, el progreso y la razón, sino que separa los deberes del ciudadano de los del cristiano para establecer sobre cimientos definitivos la moral pública en México. Este paso fué posible después de haber aprendido de la ilustración que el desarrollo de la nación y el logro de la plenitud humana de los mexicanos dependía de una manera exclusiva del establecimiento de la razón inmanente del siglo de las luces.

* * *

A pesar de que los ilustrados y los liberales trataron de establecer en México un mundo tan moderno, no fueron teóricamente heterodoxos, entre otras razones porque faltaron buenos teólogos. Lo cual no obsta para que, fieles a su idea reguladora de la historia, negasen primero la tradición escolástica y después el clero y la iglesia. Puede sostenerse que el ataque constante del ilustrado al carácter dogmático de la enseñanza eclesiástica fué

el hilo que guió al liberal en la separación efectiva del hombre de las doctrinas religiosas por medio de la separación definitiva de la razón y la teología. En efecto, el pensador de la ilustración mexicana, discípulo en este punto y en muchos otros de Feijóo, empezó por asignar al saber filosófico un método y un objeto distintos a aquellos de la fe o de la teología, para en seguida afirmar, como lo hace Alzate y sobre todo Hidalgo, que la teología aristotélicotomista no posee un carácter de validez universal, no es una verdad absoluta, pues el angélico maestro aprovechó al filósofo gentil movido por las circunstancias que privaban en el siglo XIII. Y no sólo reducen el saber tradicional a medidas prudenciales, sino que se convierten en defensores del cristianismo, amparándose en las determinaciones de los Padres, los Papas y los Concilios. El camino estaba preparado para el advenimiento del liberalismo. En realidad los liberales sacan las consecuencias de las premisas ilustradas. La separación teórica de la razón y la fe llevó con el transcurso del tiempo a establecer la separación práctica entre el clero y la iglesia, entre una moral racional y una ética religiosa, entre este mundo y el otro mundo. Puede uno entender de esta manera cómo los políticos liberales que por un lado abolían la concepción religiosa de la vida, se presentaban por otro como defensores del cristianismo y fueran ellos mismos realmente cristianos y en cierto modo católicos. ¿No respondió Melchor Ocampo al señor Munguía que era católico haciendo la salvedad de que su fe no tenía parentesco con la del obispo? Liberales e ilustrados convienen en ser cristianos de acuerdo con los viejos cánones, tal como prescriben autores graves de la antigüedad, como eran los tiempos primigenios del cristianismo, como explican los Padres y los escritores eclesiásticos.

* * *

No es el momento oportuno de mostrar todas las virtualidades de estas convicciones. Baste decir que los ilustrados y los liberales estructuraron, cada uno en su propia situación, el alma del hombre moderno de México. Cuando ellos quitaron toda razón de ser al mundo tradicional dejando a la teología únicamente el cuidado de las cosas celestes, entonces pusieron las bases para que la minoría culta de la nación fuese por primera vez libre con libertad interior, con libertad de razón, con libertad de conciencia. La peculiar his-

toria nuestra determinó que este triunfo definitivo de la razón no se alcanzase al primer intento. Hubo necesidad de un largo proceso y de avances paulatinos, tal como había sucedido al hombre en otras latitudes.

Resulta curioso constatar cómo con la ilustración y el liberalismo, no con el cristianismo del siglo XVIII o del siglo XIX, se alimenta una corriente de sentido liberal y tolerante, que es una nota característica de la historia nuestra y que según los estudiosos se desarrolló en México con la conquista y la colonización. La bandera de la tolerancia religiosa defendida por los liberales era una consecuencia, como argumentaba el doctor Mora, de la libertad de pensamiento, que de una manera expresa y formal vindicaron entre nosotros los ilustrados. Mientras los pensadores de la ilustración establecen los derechos para la existencia de una razón libre—libre de pasado y libre del saber teológico—, los liberales pugnan por la libertad del hombre. Para unos y para otros no se trata de una libertad que sea necesaria por razones puramente circunstanciales o políticas, sino de una libertad de la cual dependen, del destino de la nación, de la inteligencia y del hombre mismo. Libertad de razón o libertad humana, que no eran dones que los hombres o los tiempos podían conceder graciosamente, sino el estado natural de la humanidad. Porque en el fondo los ilustrados y los liberales no defienden a los individuos que en México no han logrado la emancipación mental, defienden a todos los hombres, al hombre en cuanto tal.

No debe olvidarse al respecto que los escritores del siglo XVIII fueron los que fincaron el fundamento teórico de la igualdad original de todos los hombres, cuando ya se había perdido el impulso renacentista y cuando la escolástica había olvidado estas doctrinas ante la presencia de un régimen absolutista. Aunque el ilustrado coincidiera con el genuino pensamiento de la tradición al calificar de natural la igualdad humana, no la justificaba con la explicación religiosa de la creación; recurre al hecho, incuestionable para él, de la universalidad de la razón, conforme a la cual existe en el campesino y en el borlado, el teólogo y en el zapatero, una misma razón con idénticas actitudes esenciales. Pero los ilustrados, con excepción de Hidalgo, permanecen en el plano puro de las ideas. Toca a los liberales el mérito de haber elevado la igualdad a norma de conducta y a programa de revolución política. Con esto la igualdad natural fué también

legal, mas siguió teniendo su fundamento en una razón concebida a la manera del siglo de las luces y en una idea científico natural del hombre.

* * *

A pesar de que solamente han sido tocados los puntos centrales de confluencia entre el pensamiento ilustrado y el liberal, las consideraciones anteriores sumi-

nistran materiales abundantes para revisar desde otro ángulo tanto la imagen de nuestra historia como las distintas filosofías que han servido para entenderla. Plantea asimismo una problemática de la cultura y de una manera concreta de la bondad o la maldad del saber moderno que se mueve alrededor de la ciencia y la razón. De momento sólo queremos resaltar

el hecho de que la libertad de razón y la filantropía del siglo mexicano de las luces es el antecedente inmediato del liberalismo sin que esto signifique negar la influencia decisiva de la modernidad representada principalmente por Francia y Estados Unidos. No se trata de coincidencias circunstanciales o casuales, como sucedió con algunas afirmaciones del siglo XVIII

en relación a las enseñanzas del siglo XVI, sino de una continuidad histórica entre los ideales ilustrados y las realizaciones liberales, de manera que el movimiento liberal viene a ser, históricamente hablando, un renacimiento de la ilustración nuestra. Ni el liberalismo es una etapa más del pensamiento europeo, ni la colonia es un pasado del cual debamos avergonzarnos.

LA Revolución de Ayutla, a pesar de las limitaciones del Plan que le sirvió de base, constituye uno de los acontecimientos históricos más importantes del siglo pasado; importancia que se descubre, tanto por las proyecciones históricas nacionales e internacionales, como por las raíces del hecho señalado. Porque si el Plan de Ayutla no deja traslucir en su letra escrita el verdadero fondo del problema a debate, no por eso, con la voluntad o contra la voluntad de sus autores, lo iniciado como una simple protesta armada para derrocar a Santa-Anna y echar abajo su oprobiosa dictadura, dejó de ser, una revolución, y, con ella, una necesidad de subvertir el viejo orden establecido y crear, sobre sus escombros, un orden económico, social y político, más en concordancia con las nuevas corrientes históricas que conmovían al país. Pero, además, en el propio Plan se advierte ya el desarrollo del nacionalismo propio de toda sociedad burguesa y la condenación, nacida del sentimiento patriótico liberal, del famoso Tratado de la Mesilla firmado por el gobierno del general Santa-Anna. Sin embargo, aunque los gérmenes de la sociedad futura se hallan contenidos allí, no es, el Plan de Ayutla, la expresión explícita de la Revolución. Fue indispensable, que la lucha armada estallara, para que aquella tomara forma y adoptara, en la secuela propia de los hechos, los caracteres fundamentales y formales que adoptó después.

El artículo siete del mencionado Plan ordenó que cesaran "desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta a los pueblos con el nombre de capitación"; de igual modo que el artículo seis reclamó "la libertad del comercio interior y exterior". Pero, en realidad, no puede distinguirse en la literatura del mismo Plan un claro objetivo revolucionario para modificar, en todas y cada una de sus partes, la estructura nacional.

Treinta largos años de luchas intestinas habían revelado, hasta entonces, la incapacidad de las viejas clases feudales para

La REVOLUCION DE AYUTLA

Por José MANCISIDOR

organizar la vida de la nación. La Independencia, en manos de Iturbide, no había sido sino un pretexto para mantener en pie todo el caduco aparato colonial apoyado en el clero, el ejército, la burguesía terrateniente en funciones de nobleza feudal. Así, todo el programa liberal alentado por Hidalgo, Morelos y Guerrero, se estrelló contra los cimientos de la Colonia enraizados, poderosamente, a través de los trescientos años de dominación española. Sin embargo, durante estos treinta años de vida independiente, las ideas liberales se habían aclimatado en el país y si México carecía de una burguesía industrial que arrebatará el poder económico a las antiguas clases dominantes, contaba, en cambio, con una pequeña burguesía imbuida ya de las ideas revolucionarias que habían transformado el mundo. Fue, esta pequeña burguesía, salida de los medios intelectuales del país, la que imprimió al movimiento iniciado en Ayutla su propia fisonomía, convirtiendo, lo que en sus orígenes no tuvo otro objetivo que acabar con el régimen santanista, en una verdadera revolución.

México había presenciado ya, en esas horas, el fracaso reformista de Gómez Farías y la inutilidad del esfuerzo industrializador de Alamán: reveladores, ambos hechos, de la debilidad de las fuerzas económicas y políticas en que se apoyaron y el poderío, todavía estable, del régimen feudal imperante. Mas ahora la correlación de las fuerzas en juego había cambiado: treinta años de luchas intestinas, con su natural paralización de la industria minera, la decadencia del comercio y la muerte de la agricultura, debilitaron a las clases dominantes. La riqueza pública,

centralizada por el clero, dejó de jugar un papel activo y ayudó, así, a restar la fuerza económica del estado feudal por su condición parasitaria. De otra parte, el clero, por su corrupción y las contradicciones provocadas con el acaparamiento de la riqueza pública, perdió toda autoridad, mientras el ejército, atenido al favor del clero, no era sino un elemento de inseguridad y anarquía próximo a derrumbarse, como sucedió después, durante los tres años de la Guerra de Reforma.

Frente a esta sociedad feudal en descomposición, se enderezaban las fuerzas populares del país que fueron el mejor soporte de la Revolución de Ayutla. Recuérdese, que cuando Santa-Anna abandonó el mando de las tropas gobiernistas del Sur a Zuloaga, le ordenó destruir todos los poblados de la región, incendiar todas las siembras y acabar con todo el ganado, así como perseguir a los moradores de aquellas extensas zonas del país. Tan arbitraria disposición reveló, por mucho que se quisiera esconderlo, el carácter popular del movimiento encabezado por el general Alvarez. Santa-Anna no perdonó, a aquellos pueblos, su participación activa en un hecho que los propios pueblos resolvieron, dirigidos por la pequeña burguesía liberal, de acuerdo con las exigencias de sus necesidades históricas.

Esta disposición de Santa Anna es reveladora. A través de ella se aclara el papel que las grandes masas populares jugaron en la Revolución de Ayutla. Por eso, la tentativa de los militares de la ciudad de México con el propósito de escamotearle el triunfo al pueblo mexicano, fracasó. Porque no bastaban las tropas del general de la Vega para echar por tie-

rra lo que las fuerzas populares apoyaban. Por lo tanto, las condiciones históricas eran otras: la corriente liberal había madurado y se apoyaba sobre los cimientos poderosos que el pueblo le ofrecía y que, muy pronto, daría lugar a la creación de una fuerza organizada, con un programa y un objetivo precisos: la fuerza organizada, el Partido Liberal; el programa "la igualdad ante la ley, o lo que es lo mismo, la abolición de las clases privilegiadas; la separación de las potestades eclesiástica y civil, reduciendo a la Iglesia a sus verdaderos y legítimos límites, que son los de la conciencia, privándola de la capacidad de administrar bienes raíces o capitales, y devolviendo a la circulación la enorme suma de riquezas que había acopiado", según las palabras de Porfirio Parra. En una palabra: se trataba de liquidar todo un pasado feudal y forjar las bases de la sociedad burguesa que darían, en el futuro, los frutos apetecidos.

Así surgió la Reforma con su proceso de democratización creado por la Ley Juárez; con la separación de la Iglesia y el Estado derivado de la Ley del 12 de julio de 1859; con la libertad de cultos como solución del problema demográfico, según la Ley del 4 de diciembre de 1860; y, sobre todo, con la nacionalización de los bienes eclesiásticos establecida por la misma Ley del 12 de julio antes citada. No obstante, este proceso burgués se vio interrumpido, apenas comenzado, por el porfiriato, cuyo carácter feudal dio origen a la Revolución Mexicana: una revolución burguesa, antiimperialista, democrática y agraria, incumplida todavía y en pugna abierta contra las sobrevivencias del pasado, contra los sectores más regresivos de la ya potente burguesía nacional y los sectores más agresivos del capitalismo internacional: revolución que no se puede explicar sino como una parte del mismo proceso histórico que iniciado en Ayutla, hace cien años, será llevado, por las nuevas fuerzas sociales que han entrado en juego, hasta sus últimas consecuencias.